

Enrique Molina

Leyendo de nuevo a Descartes

DESCARTES Y SPINOZA (1)



GRANDE ha sido la gloria de Descartes. Físico eminente y matemático genial, creador de algunas de las ramas principales de las matemáticas como la geometría analítica, por medio de la aplicación del álgebra a la geometría, escritor ilustre, una de las figuras del siglo de Luis XIV, es además reputado como el fundador, o uno de los fundadores, de la filosofía moderna en cuanto ésta ve en el pensamiento su principio fundamental. Hace trece años se celebró en todo el mundo civilizado el tercer centenario de la aparición de su famoso «Discurso del Método» y en el actual se conmemora la efemérides de su fallecimiento, ocurrido en Estocolmo a los cincuenta y tres años de edad.

(1) Conferencia leída en el Salón de Honor de la Universidad de Chile el 17 de julio de 1950, en el acto inaugural de las Conversaciones Cartesianas, organizadas por la Sociedad Chilena de Filosofía.

Leyéndolo de nuevo con este motivo no se han desvanecido en mí las dudas que he tenido acerca del valor y trascendencia de la reforma cartesiana. Lo que me ha sucedido viene a ser como la aplicación a su propio sustentador del método de la duda. Descartes se educó en uno de los mejores colegios de su tiempo, en el instituto jesuita de la Flèche; pero al término de sus estudios se mostró decepcionado de lo que había obtenido para conseguir una sólida y segura formación intelectual. En su mente no encontraba sino un hacinamiento de ideas confusas y los doctos al tentar interpretaciones del mundo se perdían en disputas interminables. Descartes se propuso encontrar un hilo de Ariadna para salir de este laberinto caótico. Tal sola actitud ya es revelación de su temperamento filosófico. De inmediato quiso enriquecer su conocimiento de los hombres, aparte de los libros, por medio de la experiencia. Llevó algún tiempo en París una vida mundana. Luego se enroló en los ejércitos de Mauricio de Nassau y del elector de Baviera. En una de estas campañas, mientras tomaba sus cuarteles de invierno (1619) en Neuburg sobre el Danubio, se produjo en él la crisis científica inspiradora del método general que había de guiarlo luego en sus estudios filosóficos y matemáticos. Se trata de un hecho muy conocido. El propio filósofo ha dejado notas en que recuerda con entusiasmo, señalando fecha precisa (10 de noviembre del año indicado), sus reflexiones encerrado en su pieza a la vera de la estufa y que lo condujeron, como ha dicho,

a encontrar el fundamento de una ciencia admirable. La imperfección de nuestro saber provendría del gran número de nuestros profesores, cada uno de los cuales quiere inculcarnos sus propias opiniones, de la influencia de las diversas tendencias, de los diferentes juicios contradictorios que oímos a los sabios y a las gentes del oficio. Para poner remedio a esta imperfección es menester recomenzar por el principio, hacer abstracción de la tradición y levantar nuestro edificio lentamente y sobre un fundamento único. El verdadero método consiste en no admitir como cierto sino lo clara y distintamente pensado, en descomponer cada dificultad en sus diversos elementos y en partir de lo más simple y fácilmente inteligible para abordar sólo después las cuestiones más complejas. Sus reflexiones hicieron caer al filósofo en una gran, y seguramente grata, exaltación espiritual. Tuvo sueños extraños y al día siguiente prometió a la Madre de Dios ir en peregrinaje a Nuestra Señora de Loreto para que ella activase el desarrollo de sus pensamientos. Un peregrinaje: he aquí una singular introducción a la filosofía moderna, dice Höffding.

Poco después regresó a Francia y, para realizar sus propósitos de llevar una vida tranquila consagrada por entero al estudio, a la meditación y a la ciencia, pasó a establecerse definitivamente en Holanda. Aquí publicó en Leyden en 1637 el «Discurso del Método». De las demás obras del filósofo, las «Meditaciones» bajo el título de «Meditaciones

sobre la Filosofía primera en que se demuestra la existencia de Dios y la inmortalidad del alma» fueron publicados en París en 1641, los «Principios de la Filosofía» salieron a luz en Amsterdam en 1644 y las «Pasiones del alma» en París en 1649. Las «Reglas para la dirección del espíritu» fué una obra póstuma encontrada entre los papeles que Descartes dejó a su muerte en Estocolmo.

Es conocido y ya he indicado el punto de partida de las lucubraciones de nuestro filósofo. Se encontraba embarazado en medio de errores e ideas contradictorios, le parecía no haber sacado ningún provecho de sus estudios escolares sino tan sólo descubrir más y más su ignorancia. «Me complacía sobre todo en las matemáticas, agrega en el Discurso del Método, a causa de la certidumbre y de la evidencia de sus razones, pero no me daba cuenta todavía de su verdadero uso y, pensando que no servían sino para las artes mecánicas, me admiraba de que, siendo tan firmes y sólidos sus fundamentos, no se hubiera levantado sobre ellas nada más importante. Reverenciaba nuestra teología y pretendía como cualquier otro ganar el cielo; pero sabiendo como cosa muy segura que el camino hacia allá se encuentra tan abierto para el más ignorante como para el más docto y que las verdades reveladas que conducen a él se hallan por encima de nuestra inteligencia, no había osado someterlas a la debilidad de mis razonamientos. Pensaba que para em-

prender su examen y obtener éxito en ello era menester alguna extraordinaria asistencia del cielo y ser más que hombre» (1). En estos dos últimos párrafos encontramos una de las características de Descartes: su reverencia simultánea de las matemáticas y de la teología.

Para conquistar la tranquilidad de su espíritu y emprender una obra fecunda nuestro filósofo hace abstracción de cuanto ha tenido hasta entonces por cierto. Se sacude el peso de las ideas recibidas para someterlas al reactivo de una duda absoluta. Esto es lo que se ha llamado la duda metódica de Descartes y que yo llamaría más bien duda sistemática porque pasó los límites de una garantía metódica para constituir las bases de un sistema discutible. Con las que resistieran a la prueba y las otras que surgieran en el curso del proceso levantaría su nuevo edificio intelectual.

Pero el que entra a demoler su casa para hacerse ahí una nueva necesita un cobijo en qué guarecerse mientras la construye. Así Descartes, en espera de su filosofía definitiva, se formuló para su conducta las siguientes reglas provisionarias de moral (2):

Primera.—Obedecer a las leyes y costumbres de mi país, conservando constantemente la religión en que Dios me hizo la gracia de que fuera instruído desde mi infancia.

Segunda.—Ser lo más firme y resuelto que pudiese

(1) Pág. 95-96. *Bibliothèque de la Pleiade*.

(2) *Discours*. Pág. 106.

en mis acciones siguiendo constantemente aún las opiniones más dudosas, como si fuesen seguras, una vez que me hubiese determinado en favor de ellas.

Descartes aduce el ejemplo de quien se encuentra extraviado en un bosque. Si en su nerviosidad cambia de rumbo continuamente se expone a no salir nunca y quedar perdido en él. Si persiste en una sola dirección encuentra seguramente una salida.

Tercera.—Tratar siempre de vencerme a mí antes que de vencer a la fortuna, de cambiar mis ideas antes que el orden del mundo, considerando que no hay nada que se halle enteramente en nuestro poder fuera de nuestros pensamientos.

Cuarta.—Sin decir cosa alguna en contra de las demás ocupaciones de los hombres pensé que no podía hacer nada mejor que continuar en la que me encontraba empeñado, o sea, emplear toda mi vida en cultivar mi razón y avanzar cuanto pudiera en el conocimiento de la verdad.

«Después de haberme asegurado de estas máximas, termina el filósofo, y de haberlas puesto aparte junto con las verdades de la fe, que han sido siempre las primeras en valor para mí (en mi creance) juzgué que podía desprenderme libremente del resto de mis opiniones».

Pero ocurrió lo que tal vez era de esperar y en lo que no hubo, por otra parte, ningún mal: que las reglas formuladas como guías provisorios fueron en rea-

lidad definitivas, porque el filósofo no las modificó nunca y se atuvo siempre a ellas:

Fluye también de estas reglas la observación de que la duda cartesiana no fué jamás absoluta y completa. Quedaron, como se acaba de ver, siempre incólumes fuera de su alcance los dogmas de la religión católica. Descartes manifiesta repetidamente su aceptación de la verdad revelada y su respeto y sumisión a la Iglesia. Dejó de publicar su *Tratado del Mundo*, que había llevado a término, porque Galileo fué condenado en ese tiempo (1633), a causa de sus nuevas concepciones y las doctrinas del *Tratado* eran algo semejantes a las del sabio italiano. Termina Descartes sus *Principios de Filosofía* con las siguientes palabras: «Con todo, a causa de que no quiero fiar demasiado en mí mismo, no aseguro aquí ninguna cosa y someto todas mis opiniones al juicio de los más sabios y a la autoridad de la Iglesia».

No cabe negar que era una suerte para el filósofo disponer, al tiempo de arrojarse al piélago de la duda, del sólido respaldo espiritual que había podido asegurarse. Lo que no obstó a que las tesis cartesianas se vieran condenadas y perseguidas por teólogos franceses y holandeses y a que después de la muerte del maestro algunas de sus obras fueran puestas en el índice de los libros prohibidos. Ni ha obstado tampoco a que, en nuestros días, J. Maritain las fulminara con ataques que considero inmerecidos (1). Acusa Maritain a

(1) Tres reformadores: Lutero-Descartes-Rousseau.

Descartes: de haber hecho de la explicación mecanicista el único tipo concebible de explicación científica; de haber reivindicado para nuestra inteligencia la autonomía perfecta, la independencia absoluta, reemplazando el arte creador y la obra de Dios por el mundo imbécil del racionalismo, principio secreto de la disolución de nuestra cultura y del mal que aqueja al Occidente apóstata. La reforma cartesiana sería causa del torrente de ilusiones y de fábulas que han echado sobre nosotros desde hace dos siglos y medio las pretendidas claridades inmediatas; sería también responsable, en gran parte, de la inmensa futilidad del mundo moderno y de la extraña condición en que hoy vemos a la humanidad, tan potente sobre la materia, tan avisada y astuta para dominar el universo físico y tan debilitada y desorientada ante las realidades inteligibles. Para luchar contra los cuerpos el hombre está equipado como un dios; para luchar contra los espíritus ha perdido todas sus armas y las leyes sin piedad del universo metafísico le trituran irrisoriamente. Concluye Maritain diciendo: «Así como la reforma luterana es el gran pecado alemán, la reforma cartesiana es en la historia del pensamiento moderno el gran pecado francés. El cartesianismo representa no tanto lo que es vida y medida en nosotros, sino más bien lo que es exceso y flaqueza».

Es increíble como, a pesar de las insistentes declaraciones religiosas de Descartes, ha podido Maritain caer en juicios tan apasionados.

* * *

—¿Y adónde va a llegar el nauta osado, el temerario innovador que ha pasado la esponja de la desconfianza sobre todos sus conocimientos, salvo los de orden sobrenatural, como acaba de verse? Se sabe a dónde llegó. Echó ancla en el puerto del pensamiento, el único que encontró absolutamente seguro. Puedo dudar de todo, se dijo, pero no dudar del pensamiento con que dudo, no dudar de que soy una cosa pensante. Esta es mi sola realidad inmediata absolutamente cierta: Pienso luego existo (Cogito ergo sum). He aquí la piedra angular de toda futura lucubración.

Descartes había efectuado una inversión total, radical, del punto de vista del intelecto. De mirar hacia afuera tornó este mirar hacia adentro. Era el paso de lo que se ha denominado, algo despectivamente, el objetivismo y el realismo ingenuo al idealismo, al subjetivismo trascendental. Para explicar tan considerable revolución M. García Morente (1) recuerda que a principios de la edad moderna los cimientos del realismo aristotélico, se vieron socavados y perdieron su solidez por el advenimiento del protestantismo que rompió la unidad religiosa de la fe cristiana y por los descubrimientos astronómicos, físicos y geográficos que barrieron los conceptos imperantes sobre el cielo y la tierra. Pensaron los hombres: ya la fe

(1) Lecciones preliminares de Filosofía, pág. 154. Tucumán, 1938.

no es la cosa intangible e inviolable que creíamos, no es el faro infalible para nuestras inquietudes; ya la tierra no es plana ni constituye el centro del mundo, ni giran a su alrededor el sol y los demás planetas, como lo veíamos, sino que no pasa de ser un insignificante granito de polvo perdido en el espacio infinito. Los espíritus, sintiéndose desamparados en medio de sus discordias e incertidumbres, buscaban asideros para sus angustias y formaron un ambiente que reclamaba el nacimiento de una nueva filosofía.

A las explicaciones de García Morente cabría formularle las siguientes observaciones. Primeramente el propio Descartes, como lo hemos recordado, no sufrió ningún quebranto de su fe. En seguida los descubrimientos de Copérnico, Kepler y Galileo, promotores de la revolución científica aludida, debieron conducir más bien, antes que a incertidumbre, a un robustecimiento de la confianza en el intelecto humano ya que éste, rectificando las ilusiones de los sentidos, se mostraba capaz de corregir por sí mismo los errores en que había caído. Y por último, esos propios descubrimientos prueban fehacientemente que los hombres de ciencia disponían ya, antes de Descartes, de métodos adecuados, lo que significa que, por lo menos en el orden científico, el método cartesiano no ha sido la novedad extraordinaria que se ha pretendido. Igualmente antes de Descartes, Francis Bacon había publicado ya sus obras sobre restauración de las ciencias y nuevos métodos,

poniendo el acento en la importancia de la inducción y de la experimentación.

Apenas triunfante se le presenta al idealismo o subjetivismo transcendental un problema de urgente resolución que yo, dando calor humano a estas abstracciones y sin temor de caer en una exageración, llamaría su tragedia. El idealismo ha expulsado del campo del conocimiento seguro a todos los objetos del mundo exterior y lo ha hecho denostándolo, como sabemos, de objetivismo ingenuo. Pero, no obstante, siente la necesidad absoluta e impostergable de volver a entrar, de reintegrarlo a ese campo—¿y cómo no hacerlo sin demora?—Ese mundo somos nosotros, nuestros cuerpos, nuestras casas, nuestros muebles; es las ciudades, los campos, las obras todas de los artistas, de los escritores, poetas e historiadores; lo forman las creaciones de la ciencia, de la técnica y de la industria; los planetas y las estrellas: cuanto hay en la tierra, en el cielo y en el universo... menos el pensamiento. ¿Cómo dejarlo fuera? Todas estas dificultades se habrían simplificado considerablemente si Descartes, completando su célebre aforismo hubiera dicho, «luego yo existo y el ser existe». Habría dejado insinuada así la conciliación, la comprensión, un puente salvador entre idealismo y realismo. Para reintegrar el mundo realista, tan despectivamente despedido, a la esfera del saber cierto, el idealista Descartes va a solicitar nada menos que la ayuda de Dios.

El filósofo ha vivido desconfiando de las ilusiones y

errores de que podemos ser víctimas. Para insistir en las flaquezas de nuestro intelecto ha traído a colación las alucinaciones que nos producen los sueños y llega a imaginar que pudiera existir un genio maligno que quisiera engañarnos y fuera bastante poderoso para conseguirlo; pero esta fué sólo una fantasía pasajera que no persistió. En cambio constituyó el alma de su doctrina el principio de que siendo Dios un ser perfecto no podía permitir el engaño y debía convertirse en garantía de la verdad. Convengamos en que es un recurso gnoseológico bastante original acudir a la fianza de Dios para establecer la certidumbre. Pero el sello divino de la certidumbre no se otorga sino a las ideas que reúnen definidas condiciones. Estas han de ser claras y distintas para que inspiren evidencia. Descartes insiste sin descanso en la necesidad de establecer claridad y distinción en las ideas y en la evidencia como criterio de verdad. Mucho habría que decir sobre este criterio para corroborarlo en detalle, porque es efectivo que el problema de la verdad, en todo orden de conocimientos, consiste en la comprobación de evidencias, ya sea inmediatas o mediatas. La comprobación es indispensable. La evidencia aparente y no comprobada es error.

Nuestro filósofo preconizaba también como método la intuición y, en menor grado, la inducción y la experiencia. Mas para Descartes era una cosa comprensible de suyo que la ciencia universal había de tener la forma de un sistema deductivo en que la construc-

ción entera reposara sobre un principio axiomático y absoluto, sobre una noción fundamental apodíctica. Esta no podía ser otra que la única que resistió al ácido de la duda, el ego espiritual. Concordante con esta construcción universal deductiva se halla la idea de Descartes de que si alguien quiere buscar seriamente la verdad no debe escoger el estudio de alguna ciencia particular, porque todas se hallan unidas entre sí y dependen las unas de las otras (1). Pero, ¿será hacedera una ciencia universal construída en forma deductiva sobre un principio por axiomático y seguro que sea? Me parece que sería un edificio levantado en forma muy deleznable, que se vería privado de las rectificaciones y enriquecimientos que aporta la experiencia. Más bien que esto, me parece una imposibilidad. Descartes, dice Jaspers, desconoce la verdadera significación de la nueva ciencia de la naturaleza que Copérnico, Kepler y Galileo acaban de fundar. El estudio de la naturaleza, sirviéndose de una u otra hipótesis, mira siempre a lo particular, por vasta que sea su envergadura. Por esto sus investigaciones, las de la verdadera ciencia, no conciernen jamás a la totalidad sino que oscilan perpetuamente entre la construcción racional e hipotética por una parte y la verificación o la refutación o transformación de la hipótesis por otra» (2)... «El método empírico de Galileo, gracias al cual la

(1) *Oeuvres*, pág. 6.

(2) *Descartes et la philosophie*, pág. 53.

naturaleza descorre su velo siempre de nuevo, y esto al infinito, en una constante acción recíproca, oscilando entre la hipótesis posible y la verificación experimental se convierte en Descartes en un método puramente deductivo que conoce definitivamente los principios y la totalidad de la naturaleza. Una perspectiva posible de investigación se transforma en una doctrina absoluta de metafísica. El mundo se anquilosa (f i g e). No es el océano del ser sin un ser metamorfoseado en rodajes mecánicos». «En lo que concierne a las matemáticas, dice más adelante el mismo autor, el papel de Descartes ha sido de una importancia excepcional y sus descubrimientos en ellas constituyen algo precioso para siempre, pero su influencia en la historia de las ciencias de la naturaleza ha sido nula, inexistente, o aun perturbadora» (1).

El idealismo, al que Descartes abrió tan ancha puerta en la filosofía moderna, sustenta como su doctrina esencial y básica el primado del espíritu. Pero esta es una primacía sujeta a ciertos reparos. Apartemos primeramente algunos errores de detalles derivados de la doctrina general y que encontramos en las *Meditaciones*. «Llego a la conclusión evidente, dice Descartes, de que nada me sea más fácil de conocer que mi espíritu» (2). Lo que es fácil de alcanzar en verdad es la intuición simple de que en mí hay algo espiritual, pero no un conocimiento propia-

(1) *Obra citada*, pág. 57.

(2) *Oeuvres*, pág. 175.

mente dicho de ello, que resulta bastante complicado y un tanto más difícil que el del cuerpo. Dice más adelante el filósofo: «Aquella idea por la cual yo concibo un Dios soberano, infinito, eterno, inmutable, que todo lo conoce y todo lo puede, creador universal de todas las cosas que están fuera de él; esa idea digo, tiene ciertamente en sí más realidad objetiva que las que me representan substancias finitas (1). Siendo la afirmación misma de la existencia de Dios un don de la fe o una intuición de la gracia, resulta bastante aventurada la aseveración cartesiana. Persistiendo en su manera idealista de enfocar las cosas dice todavía Descartes que «hay más realidad en la substancia infinita que en la substancia finita». Nos parece esto como si se dijera que hay más realidad en el concepto de belleza que en una obra de arte. Nos parece también que lo acertado sería decir que, como en toda abstracción, hay en la substancia infinita, representativa de lo abstracto, no más realidad sino más persistencia que en la substancia finita, representativa de lo concreto.

Decíamos en líneas anteriores que el primado del espíritu sostenido por el idealismo se hallaba sujeto a algún reparo. Agreguemos ahora que éste lo invalida a fondo. Cabe conferirle a la conciencia, expresión del espíritu, categoría de lo absoluto en el orden gnoseológico, como última instancia de nuestro conocer, también en el orden ético como fuente de inspiración y

(1) Obra citada, pág. 181.

tribunal inapelable de nuestra conducta; pero no en el orden ontológico, en el del ser, salvo que lo consideremos sólo como espíritu en potencia para hacer honor a los postulados de la filosofía perenne. Los pensadores idealistas que han colocado la conciencia en la raíz del mundo, pretenden haber rectificado la creencia del realismo ingenuo que da por supuesta una existencia del cosmos anterior a la conciencia que lo piensa. Será muy ingenua esa creencia, pero es un hecho comprobado por las hipótesis más verosímiles que nuestro universo ha existido en estado ígneo e inhabitable millares de años antes de que surgiera en la corteza enfriada de nuestro pequeño planeta la vida y como flor suprema de ella la conciencia humana. Las estructuras sucesivas del ser han sido cuerpo físico, vida, alma, espíritu. Descartes ignoró, naturalmente, la hipótesis a que hemos aludido sobre la formación de nuestro sistema planetario, llamada de Kant y Laplace; pero no han podido desconocerla los idealistas de nuestros días, entre los cuales ocupan un lugar muy destacado Husserl y los militantes de la escuela fenomenológica fundada por él. Estos, al hacer de la conciencia lo absoluto, la base del cosmos, prescindiendo del proceso evolutivo de las estructuras del ser que acabamos de indicar, presentan como cierta una intuición directa en que se ha eliminado el tiempo. Este escamoteo da por no operante una conquista científica plausible y me parece que la filosofía no debe correr los riesgos que entraña semejante construcción ideal. ¿Có-

mo apartar de la interpretación del espíritu el hecho de que este sea, en su forma de conciencia humana, una derivación, una culminación de la vida, el hecho de que para nosotros no haya espíritu sin cuerpo?

La filosofía no debe dar la espalda a la ciencia ni divorciarse de ella; pero lo cierto es que aunque ningún filósofo haya asumido esta actitud o la mantenga deliberadamente, la victoria del idealismo ha traído para la filosofía su apartamiento de la ciencia, porque esta es por naturaleza realista. Lo que ocurre con perjuicio sólo para la filosofía misma, que se ve a menudo estérilmente sumergida en las limitaciones del subjetivismo y del solipsismo mientras la ciencia, apoyada en sus métodos realistas, prosigue su carrera triunfal de descubrimientos. Lo único aconsejable es la completación recíproca de ambas disciplinas: la filosofía reintegrándose con los maravillosos adelantos de la ciencia y ésta pidiéndole a aquélla, brújula para el sentido de la vida y para la formulación de los valores que a ella no le corresponde definir.

Descartes es el filósofo de la discreción tanto por su conducta como por su método, aunque su duda fué programada en términos exagerados. Hemos visto su respeto y su sumisión a las autoridades, a la Iglesia y a los usos de su tiempo. Una de sus normas era «Vencerse a sí mismo antes que vencer a la fortuna». No fué el iniciador de una nueva metafísica sino el continuador de la metafísica medieval tradicional. Jaspers, en el estudio antes citado, lo señala como el enigma de

una filosofía única que puede parecer tanto escolástica como moderna (1). Sus *Meditaciones* están dedicadas, según reza desde el título, a probar la existencia de Dios y la inmortalidad del alma. Sus intuiciones lo llevaron a reconocer tres substancias: la espiritual del alma cuya esencia es el pensamiento, la espiritual divina y la material que tiene por característica la extensión. Los animales carecen de alma; son puro mecanismo. Queda dicho que el alma es de naturaleza distinta del cuerpo, que no perece con él y es inmortal. Pero subsiste el problema de la unión del alma y del cuerpo. Descartes lo resolvió suponiendo la acción unificadora de la glándula pineal que, como un conmutador de energías, funcionaría en el centro del cerebro, hipótesis aventurada que no ha encontrado aceptación ni entre los filósofos ni entre los hombres de ciencia.

Con lo que acabo de decir no he pretendido de ninguna manera criticar las actitudes de Descartes, sino sólo definirlo del modo más exacto posible.

* * *

El verdadero iniciador de una nueva metafísica es Baruch Spinoza, el gran judío holandés, el pensador central del siglo XVII, como lo llama Haroldo Höfding (2). Su *Ética* es una de las obras capitales de

(1) Pág. 97.

(2) *Histoire de la philosophie moderne.*

la edad moderna. También lo es, aunque en menor grado, su *Tratado teológico-político* en que defiende la libertad de conciencia y la libertad de expresión.

Spinoza hizo de su ser un cirio que consumió por completo en la filosofía. Se consagró a ella con no menos devoción que Descartes y sí con más sacrificio. Es uno de los primeros filósofos demócratas de los tiempos modernos. Por no abjurar sus ideas filosóficas y religiosas se vió perseguido por sus compatriotas, fué víctima de una tentativa de asesinato de parte de un judío fanático y fué expulsado de la comunidad judía, de la sinagoga. Sus enemigos lograron arrojarlo aun de Amsterdam y tuvo que ir a residir a un pequeño pueblo vecino donde, para mantenerse, ejerció su conocido oficio de pulidor de cristales ópticos.

Spinoza conoció la filosofía de Descartes y su primera publicación fué un estudio sobre ella que apareció en 1663; pero no se puede decir de él que fuera un discípulo y continuador del filósofo francés. Spinoza no es idealista. En intuición inmediata abraza el ser en toda su magnífica existencia. Es para él la substancia única, infinita y eterna, que se despliega en infinitos atributos y modos. La substancia es lo que es en sí y subsiste por sí sola. Los atributos son la esencia de la substancia. De ellos, que son infinitos, conocemos sólo dos: la extensión y el pensamiento. Modos son las formas y figuras particulares que la substancia asume pasajeramente en la realidad; son las variaciones y

aspectos en que se presenta; son nuestras personas; los grupos sociales, los animales, los objetos que nos rodean, los planetas, la más remota nebulosa. La materia y el espíritu, dentro y fuera de nosotros no son dos cosas distintas, sino aspectos de una sola y misma cosa orgánica e indisolublemente unidos. Substancia pensante y substancia extensa es lo mismo, contemplado ya desde el punto de vista del pensamiento ya del de la extensión. Es la hipótesis que en nuestros días Höfding y Bertrand Russel, haciéndola suya, han llamado hipótesis de la identidad.

Luego nuestro filósofo identifica a la substancia con Dios. Todo lo que existe está en Dios y no existe nada y no se puede pensar nada sin Dios. «Yo pretendo decir, con San Paulo que todas las cosas viven y se mueven en Dios». Cuanto ocurre se halla sujeto a leyes invariables y la voluntad de Dios y las leyes de la naturaleza son una sola y misma realidad.

Spinoza llega a una moral de conformidad, de amor universal, de armonía con cuanto existe, que hace recordar la viril serenidad de los Pensamientos de Marco Aurelio. Para él la fortaleza del ánimo era una virtud cardinal. Termina Spinoza la segunda parte de su *Ética* con estas bellas palabras: «Me queda por hacer ver cuán útil al uso de la vida es el conocimiento de esta doctrina. 1.º Es útil en cuanto nos enseña que no obramos más que por la voluntad de Dios y que participamos de la naturaleza divina en la proporción en que nuestras acciones son perfectas o en la medida en

que comprendemos más perfectamente a Dios. Esta doctrina nos enseña que nuestra soberana felicidad o nuestra beatitud consisten sólo en el conocimiento de Dios, luz que nos conduce a hacer únicamente lo que el amor y la piedad aconsejan. Por donde comprendemos claramente cuán lejos se hallan de conocer el verdadero valor de la virtud los que esperan de Dios grandes recompensas por sus buenas acciones y su sumisión, como si la virtud y el obedecimiento a Dios no fueran en sí mismos el soberano bien. 2.º En cuanto nos enseña como debemos conducirnos en las cosas de la fortuna, o que no están en nuestro poder, es decir, a soportar con ánimo igual lo que venga, ya sean los dones, ya los reveses de la suerte, porque todo sucede conforme a la ley eterna de Dios... 3.º Esta doctrina sirve a la vida social en cuanto enseña a no odiar, ni despreciar, ni envidiar a nadie; a no enfadarse, a no burlarse de nadie. Nos enseña a estar contentos con todo, a ayudar a nuestro prójimo, a no dejarnos conducir por la debilidad, la parcialidad o la superstición, sino por la razón sola según lo aconsejan el tiempo y las circunstancias».

Cuando sentimos la idea spinoziana de la substancia universal que es Dios—y hacemos hincapié en la expresión «sentimos»—el aforismo cartesiano de «Pienso luego existo» nos parece de suma pequeñez. Por lo menos habría que haber dicho, como ya lo hemos indicado, pienso luego existo y el ser existe. Este ser estupendo y enigmático. El problema estriba en cómo es

que este ser existe. ¿Por qué más bien no existe nada? Pero existe, formamos parte de él, nos lleva consigo, nos arrastra en su corriente. La vida es un asomar fugaz y maravilloso de la cabeza fuera de ella para saber de la luz y las tinieblas, del amor y del dolor. Nuestro filósofo no era un espíritu atormentado. Al contrario, se mostraba siempre sereno y jovial. Pero constituye un precursor y exponente de las angustias del hombre moderno. Como ha quedado claramente manifestado, era monista y panteísta. Para él vivimos en Dios, penetrados de Dios, en un mundo transido de fuerzas divinas. Pero su Dios, que todo lo llena, es un Dios difuso, y su idea de la inmortalidad, que también la tiene, es igualmente difusa y sin supervivencia personal. El hombre de nuestros días se halla más cerca de éste que de cualquier otro clima espiritual. De aquí la insatisfacción, la ansiedad y la angustia que suelen oprimir su corazón. En el accidentado y oscuro periplo hacia la eternidad en que nos lleva la substancia proteiforme de la naturaleza se siente con menos amarras de seguridad de las que supo conservar Descartes. ¿Qué hacer? No nos queda más que ser siempre valerosos, no pocas veces dispuestos a la resignación y al renunciamento y ser buenos, justos y capaces de amor con los compañeros de viaje.